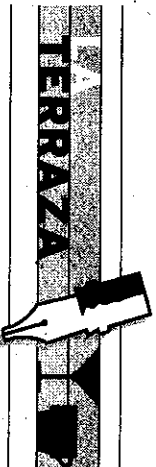


JOAN DE SAGARRA

Crónica de París



La semana pasada estuve en París. Fui a la Biblioteca Nacional de Francia a ver la exposición que han montado sobre la persona y la obra de Antonin Artaud (en la Biblioteca François Mitterrand, hasta el 4 de febrero del 2007). La imagen más popularizada de Antonin Artaud (Marsella, 1896-París, 1948) es la del monje Massieu, aquel alucinado personaje que Artaud interpreta -mejor sería decir encarna- en *La pasión de Juana de Arco*, la película de Carl Theodor Dreyer. Artaud era uno de mis ídolos cuando, hace un montón de años, yo estudiaba en el Instituto de Estudios Teatrales de La Sorbona. Era a principios de los años sesenta. Gallimard había empezado a publicar las *Obras Completas* de Artaud y la inteligencia -un tanto pedante- germanopratense volvía a llenarse la boca con elogios del Théâtre Alfred Jarry, que Artaud había fundado con un grupo de amigos, y de sus teorías sobre el Théâtre de la Cruauté (de la crueldad). La primera vez que oí pronunciar el nombre de Artaud fue en el año 1947, en París. Fue de labios del galerista Pierre Loeb, que era miembro del Comité des Amis d'Antonin Artaud -que presidía Jean Paulhan- y solía tomar el aperitivo con mis padres en el Café de Flore. Aquí, Artaud era conocido por un ensayo que había escrito sobre los indios tarahumaras, que publicó Carlos Barral y, si no recuerdo mal, le traía algún problema con los tribunales (¿apología de la drogadicción?). Quien más sabe de nosotros sobre Antonin Artaud es el poeta Palau i Fabre, que lo visitó poco antes de su muerte, en la clínica del doctor Delmas, en Ivry, donde Artaud se hallaba recluido. Palau ha contado en más de una ocasión el miedo que pasó cuando Artaud se puso a perseguirlo por la habitación amenazándolo con un martillo, el mismo martillo que el doctor Delmas le había hecho llegar para que Artaud marcara el ritmo de sus frases... Si les interesan el personaje y la exposición, les contaré más cosas en el suplemento *Cultura/s* (el 27 de este mes).

En París hacía fresquito y el sábado y el domingo cayeron algunas gotas. Aparte de mi visita a la Biblioteca Mitterrand, pasé prácticamente todo el tiempo en mi barrio de Montparnasse. Almorcé en el Sélect con Christopher Miles, el hasta hace poco director del Institut Français de Barcelona, actualmente destinado al Ministerio de la Cultura francés; Le presenté a Mickey, el gato, el amo del Sélect, que hacía la siesta tumbado junto a un cliente, un chico que se pasó toda la mañana en el local con un par de cafés con leche, un cigarrillo tras otro y tomando notas, en una librería escolar, de un librote del filósofo Derrida. *Mickey*, con sus catortce o quince años y sus espléndidos bigotes, dormía como un bendito, ajeno a las brillantes elucubraciones del filósofo argelino.

Con mi amigo Christopher hablamos de teatro -no le entusiasma el teatro que hoy se hace en Francia; a mí me ocurre otro tanto-, de la señora Segolène Royal -a Christopher le encantaba, la votará- y de los últimos desaparecidos: Philippe Noiret, Bernard Frank y Bertrand Poirot-Delpech, escritor y periodista, como Frank (eran de la misma quinta, de 1929), al que yo traté en los años en que fue crítico teatral del diario *Le Monde*. También hablamos de condecoraciones: De la cruz de caballero de la Legión de Honor que, a propuesta del Minis-

tro de Exteriores francés, acaban de conceder a mi primo Enrique Vila-Matas (Enrique se pensó que se trataba de una broma), y de la de oficial de la Orden de las Artes y las Letras que, a propuesta del ministro de Cultura de Francia, acaban de conceder a mi humilde persona. A partir de ahora, cuando me encuentre a mi amigo Jorge Herralde, el famoso editor, y teniendo en cuenta que él es condecorado de la misma orden, no tendré más remedio que cuadrarme y saludarlo militarmente. Estoy contento por mi primo Enrique, aunque si bien su legión es

Palau cuenta el miedo que pasó cuando Artaud se puso a perseguirlo por la habitación amenazándolo con un martillo

la más prestigiosa de las órdenes nacionales del país vecino no le envidio lo del "honor". Eso del honor, que supongo que Napoleón debió copiar de la Legión Honoraria de los romanos, siempre me ha dado una cierta grima. Había que tener muchas agallas para lucir el botón de la Legión de Honor en la solapa de la americana durante los años de la guerra de Argelia, cuando los CRS patrullaban por mi barrio de París. En cambio, eso de las artes y las letras es

La Biblioteca Nacional de Francia expone durante estos días muestra sobre la persona Antonin Artaud. En la foto, autorretrato del autor



mucho más tranquilo, uno siempre puede refugiarse en los gatos de Siné y en las novelas de François Sagan (yo adoro a la Sagan). O en las canciones de Brassens: *Quand Margot dégraffait son corsage / Pour donner la gougonille à son chat...*

El domingo bajé a Saint-Germain-des-Prés a por *La Vanguardia*. La suelo comprar en el quiosco que hay frente a la librería La Hune, entre el Flore y Les Deux Magots. Pero ya se había acabado. Entré en La Hune y me compré el libro que Henri-Hugues Léjeune ha escrito sobre su amigo Bernard Frank, *Un vieil ami* (Robert Laffont, 356 páginas, 21 euros). Ya me lo he zampado. Una delicia (en especial, el epílogo que escribió el propio Frank). También me compré *Les mahveillances*, de Paul-Eric Blannu (Seal, 124 páginas, 12 euros). El señor Blannu, especialista en la Sabana Santa de Turín, analiza el "fenómeno Littell" de una manera bastante honesta, sin excesivo sarcasmo, y plantea alguna pregunta interesante aunque no demasiado original. ¿Por qué a ese chico, judío, que de pequeño sentía pánico ante la

posibilidad de tener que ir a luchar en Vietnam, se le ocurre meterse en la piel de un verdugo de las SS durante la Segunda Guerra Mundial? Distráido, se lee en un periquete. Y por último me compré las memorias de Jean-Eugène Robert-Howdin (1805-1871), el gran mago, con un sabroso prólogo de Francis Lacassin, que me había recomendado Christopher (Ómnibus, 956 páginas, 26 euros). Estoy a punto de terminarlo y me lo estoy pasando pipa.

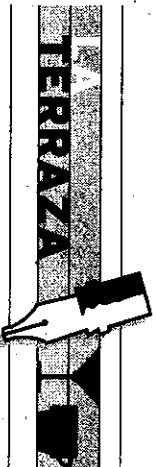
Regresé el lunes. Pasé el día en la cama, resfriado. El martes me fui a tomar una copa al Morrysson y Alba, la dueña, me dijo que cerraban hasta el lunes. Vamos, que me había caído encima esa monstruosidad del puente, del acueducto de la Constitución-Concepción. También cerró el estanco del paseo (Sant Joan). Suerte que el Bauma no cerró, ni Can Pere. A Can Pere (Rosselló, entre Girona y Bruc) fui a ver el partido del Barça con el Werder Bremen. Can Pere es toda una institución barcelonista, empezando por el dueño, Josep, Pepe Morata. Ver un partido del Barça en la tele de Can Pere es un bonito espectáculo. La parroquia es muy agradable y hay muy buen rollo. Mientras veía el partido, me zampé tres nuevos frios con chorizo y patatas fritas y me bebí una botella de Rioja. En París aposté con el barman de la Closerie des Lilas que el Barça le metería dos goles a los alemanes en la primera parte, no más empezar el partido, y que en la segunda marcaríamos un tercer gol. Tres a cero, ése era mi pronóstico. Sólo me equivoqué con el tercero. Espero que Emilie, el barman, en mi próximo viaje a París me lo tenga en cuenta y sólo me cobre uno de los tres Jamesons que me suelo tomar en su barra (donde luce una placa con el nombre de Ernest Hemingway, un viejo cliente). En la Closerie, el Jameson (la ración francesa, más chica que la nuestra) me sale por doce euros, casi el triple de lo que me cobran en la barra de Pepe Morata, donde un simpático chico originario de Tànger me coloca un vaso corto, como a mí me gusta, corto y ancho, la botella de Jameson y un cubo con el hielo para que yo mismo me sirva la ración que me apetezca. Y la botella y el hielo siguen ahí mientras yo me leo *La Vanguardia* y me fumo un habano. Y cada vez que me sirvo un traguito, me doy la vuelta y alzo mi vaso para brindar a la memoria de mi querido Ovidi Montllor, cuya foto, una gran foto de Ovidi en plan *gos paraien*, luce en la pared delante de la barra. La foto está dedicada a los amigos de Can Pere y finaliza con un rotundo "Visca el Barça!". Y es que Ovidi, además de ser un buen amigo, un entrañable amigo de Pepe Morata, también era un hincha del Barça. En la barra de Can Pere se fuma y en la de la Closerie también. Pero Enaile me ha dicho que en París, dentro de un año, se acabó eso de fumar. A mí se me hace muy difícil imaginarme la Closerie, con todas esas placas de célebres escritores y artistas pegadas a las mesas, sin el humo de las pipas, los cigarrillos y los cigarrillos. Es como esas fotos oficiales de Sartre y Malraux a las que les han escamoteado el Boyard de los dedos y el Camel de los labios. Pazienza. Así, con las dos zetas y sin la segunda i, como decía aquel español en la Rue de Madrid al que el cantante se encontró el pasado invierno, *une fleur sur les lèvres...* ●

SUGERIMOS...

ARTCHIMBOLDI. C/Corsega, 286, 1.º, Barcelona. 93-218-24-08 / 93-432-97-16 / www.artchimboldi.com

JOAN DE SAGARRA

Crónica de París



La semana pasada estuve en París. Fui a la Biblioteca Nacional de Francia a ver la exposición que han montado sobre la persona y la obra de Antonin Artaud (en la Biblioteca François Mitterrand, hasta el 4 de febrero del 2007). La imagen más popularizada de Antonin Artaud (Marsella, 1896-París, 1948) es la del monje Massieu, aquel alucinado personaje que Artaud interpreta -mejor sería decir encarna- en *La pasión de Juana de Arco*, la película de Carl Theodor Dreyer. Artaud era uno de mis ídolos cuando, hace un montón de años, yo estudiaba en el Instituto de Estudios Teatrales de La Sorbona. Era a principios de los años sesenta. Gallimard había empezado a publicar las *Obras Completas* de Artaud y la inteligencia -un tanto pedante- germanopratense volvía a llenarse la boca con elogios del Théâtre Alfred Jarry, que Artaud había fundado con un grupo de amigos, y de sus teorías sobre el Théâtre de la Cruauté (de la crueldad). La primera vez que oí pronunciar el nombre de Artaud fue en el año 1947, en París. Fue de labios del galerista Pierre Loeb, que era miembro del Comité des Amis d'Antonin Artaud -que presidía Jean Paulhan- y solía tomar el aperitivo con mis padres en el Café de Flore. Aquí, Artaud era conocido por un ensayo que había escrito sobre los indios tarahumaras, que publicó Carlos Barral y, si no recuerdo mal, le trajo algún problema con los tribunales (¿apología de la drogadicción?). Quien más sabe de nosotros sobre Antonin Artaud es el poeta Palau i Fabre, que lo visitó poco antes de su muerte, en la clínica del doctor Delmas, en Ivry, donde Artaud se hallaba recluido. Palau ha contado en más de una ocasión el miedo que pasó cuando Artaud se puso a perseguirlo por la habitación amenazándolo con un martillo, el mismo martillo que el doctor Delmas le había hecho llegar para que Artaud marcara el ritmo de sus frases... Si les interesan el personaje y la exposición, les contaré más cosas en el suplemento *Cultura/s* (el 27 de este mes).

En París hacía fresquito y el sábado y el domingo cayeron algunas gotas. Aparte de mi visita a la Biblioteca Mitterrand, pasé prácticamente todo el tiempo en mi barrio de Montparnasse. Almorcé en el Sélect con Christopher Miles, el hasta hace poco director del Institut Français de Barcelona, actualmente destinado al Ministerio de la Cultura francés. Le presenté a Mickey, el gato, el amo del Sélect, que hacía la siesta tumbado junto a un cliente, un chico que se pasó toda la mañana en el local con un par de cafés con leche, un cigarrillo tras otro y tomando notas, en una librería escolar, de un librote del filósofo Derrida. *Mickey*, con sus catortce o quince años y sus espléndidos bigotes, dormía como un bendito, ajeno a las brillantes elucubraciones del filósofo argelino.

Con mi amigo Christopher hablamos de teatro -no le entusiasma el teatro que hoy se hace en Francia, a mí me ocurre otro tanto-, de la señora Ségolène Royal -a Christopher le encantaba, la votará- y de los últimos desaparecidos: Philippe Noiret, Bernard Frank y Bertrand Poirot-Delpech, escritor y periodista, como Frank (eran de la misma quinta, de 1929), al que yo traté en los años en que fue crítico teatral del diario *Le Monde*. También hablamos de condecoraciones: De la cruz de caballero de la Legión de Honor que, a propuesta del Minis-

tro de Exteriores francés, acaban de conceder a mi primo Enrique Vila-Matas (Enrique se pensó que se trataba de una broma), y de la de oficial de la Orden de las Artes y las Letras que, a propuesta del ministro de Cultura de Francia, acaban de conceder a mi humilde persona. A partir de ahora, cuando me encuentre a mi amigo Jorge Herralde, el famoso editor, y teniendo en cuenta que él es comendador de la misma orden, no tendré más remedio que cuadrarme y saludarlo militarmente. Estoy contento por mi primo Enrique, aunque si bien su legión es

Palau cuenta el miedo que pasó cuando Artaud se puso a perseguirlo por la habitación amenazándolo con un martillo

la más prestigiosa de las órdenes nacionales del país vecino no le envidio lo del "honor". Eso del honor, que supongo que Napoleón debió copiar de la Legión Honorarium de los romanos, siempre me ha dado una cierta grima. Había que tener muchas agallas para lucir el botón de la Legión de Honor en la solapa de la americana durante los CRS patrullaban por mi barrio de París. En cambio, eso de las artes y las letras es

La Biblioteca Nacional de Francia expone durante estos días muestra sobre la persona de Antonin Artaud. En la foto, autorretrato del autor



mucho más tranquilo, uno siempre puede refugiarse en los gatos de Siné y en las novelas de François Sagan (yo adoro a la Sagan). O en las canciones de Brassens: *Quand Margot dégraffait son corsage / Pour donner la gougonille à son chat...*

El domingo bajé a Saint-Germain-des-Prés a por *La Vanguarria*. La suelo comprar en el quiosco que hay frente a la librería La Hune, entre el Flore y Les Deux Magots. Pero ya se había acabado. Entré en La Hune y me compré el libro que Henri-Hugues Léjeune ha escrito sobre su amigo Bernard Frank, *Un vieil ami* (Robert Lafont, 356 páginas, 21 euros). Y a me lo he zampado. Una delicia (en especial, el epílogo que escribió el propio Frank). También me compré *Les malveillantes*, de Paul-Eric Blannu (Seal, 124 páginas, 12 euros). El señor Blannu, especialista en la Sabana Santa de Turín, analiza el "fenómeno Littell" de una manera bastante honesta, sin excesivo sarcasmo, y plantea alguna pregunta interesante aunque no demasiado original. ¿Por qué a ese chico, judío, que de pequeño sentía pánico ante la

posibilidad de tener que ir a luchar en Vietnam, se le ocurre meterse en la piel de un vertulgo de las SS durante la Segunda Guerra Mundial? Distráido, se lee en un periquete. Y por último me compré las memorias de Jean-Eugène Robert-Houdin (1805-1871), el gran mago, con un sabroso prólogo de Francis Lacassin, que me había recomendado Christopher (Omnibus, 956 páginas, 26 euros). Estoy a punto de terminarlo y me lo estoy pasando pipa.

Regresé el lunes. Pasé el día en la cama, resfriado. El martes me fui a tomar una copa al Morrysson y Alba, la dueña, me dijo que cerraban hasta el lunes. Vamos, que me había caído encima esa monstruosidad del puente, del acueducto de la Constitución-Concepción. También cerró el estanco del paseo (Sant Joan). Suerte que el Bauma no cerró, ni Can Pere. A Can Pere (Rosselló, entre Girona y Bruc) fui a ver el partido del Barça con el Werder Bremen. Can Pere es toda una institución barcelonista, empezando por el dueño, Josep, Pepe Morata. Ver un partido del Barça en la tele de Can Pere es un bonito espectáculo. La parroquia es muy agradable y hay muy buen rollo. Mientras veía el partido, me zampé tres nuevos frios con chorizo y patatas fritas y me bebí una botella de Rioja. En París aposté con el barman de la Closerie des Lilas que el Barça le metería dos goles a los alemanes en la primera parte, no más empezar el partido, y que en la segunda marcaríamos un tercer gol. Tres a cero, ese era mi pronóstico. Sólo me equivoqué con el tercero. Espero que Emilie, el barman, en mi próximo viaje a París me lo tenga en cuenta y sólo me cobre uno de los tres Jamesons que me suelo tomar en su barra (donde luce una placa con el nombre de Ernest Hemingway, un viejo cliente). En la Closerie, el Jameson (la ración francesa, más chica que la nuestra) me sale por doce euros, casi el triple de lo que me cobran en la barra de Pepe Morata, donde un simpático chico originario de Tànger me coloca un vaso corto, como a mí me gusta, corto y ancho, la botella de Jameson y un cubo con el hielo para que yo mismo me sirva la ración que me apetezca. Y la botella y el hielo siguen ahí mientras yo me leo *La Vanguarria* y me fumo un habano. Y cada vez que me sirvo un traguito, me doy la vuelta y alzo mi vaso para brindar a la memoria de mi querido Ovidi Montllor, cuya foto, una gran foto de Ovidi en plan *gos pataner*, luce en la pared delante de la barra. La foto está dedicada a los amigos de Can Pere y finaliza con un rotundo "Visca el Barça!". Y es que Ovidi, además de ser un buen amigo, un entrañable amigo de Pepe Morata, también era un hincha del Barça. En la barra de Can Pere se fuma y en la de la Closerie también. Pero Emilie me ha dicho que en París, dentro de un año, se acabó eso de fumar. A mí se me hace muy difícil imaginarme la Closerie, con todas esas placas de célebres escritores y artistas pegadas a las mesas, sin el humo de las pipas, los cigarrillos y los cigarrillos. Es como esas fotos oficiales de Sartre y Malraux a las que les han escamoteado el Boyard de los dedos y el Camel de los labios. Pazienza. Así, con las dos zetas y sin la segunda i, como decía aquel español en la vieja canción de Montand, el amigo se encontró el pasado invierno, *une fleur sur les lèvres...* ●

SUGERIMOS...

ARTCHIMBOLDI. C/Corsega, 286, 1.º, Barcelona. 93-218-24-08 / 93-432-97-16 / www.artchimboldi.com